

METIÉNDOSE EN ZONA "ROJA"

LOS DESPLAZADOS INMÓVILES

En Puerto Asís entrevistó a unas víctimas que queriendo desplazarse por la situación de orden público, no pueden hacerlo. Los llaman los "confinados" porque se encuentran encarcelados dentro de su propia comunidad. Los paramilitares no les permiten moverse. Los utilizan como escudos humanos. Quizá mejor deberían llamarlos los "desplazados inmóviles".

Para muchos colombianos los desplazados son sólo una cuestión de la televisión y los semáforos. De ellos sólo tienen ideas confusas. Por eso no es de extrañar que sobre el desplazamiento se halla generalizado la tesis de que sus causantes son únicamente los paramilitares y la guerrilla.

La pequeña travesía le demostraría que la situación era mucho más compleja. No es que fueran falsas las aseveraciones pues ciertamente los grupos armados originan la enorme masa de desplazados. Pero es que hay casos (seguramente un porcentaje muy reducido) que se salen de la regla o la matizan, lo que demuestra lo complejo de la situación.

Unos minutos antes de aterrizar en Puerto Asís, vio por la ventanilla del avión, que a esa inmensa colcha verde que parece ser la selva, la han venido talando, dejando decenas de cicatrices de color café del tamaño de un estadio. ¿Será a eso lo que llaman colonización?

El recorrido que realizó durante la segunda semana de agosto del 2015 partió de Puerto Asís, pasó por La Hormiga y culminó en Mocoa. Todo por tierra. Entre los dos primeros hay cerca 3 horas de viaje, y desde La Hormiga a Mocoa, 4.

En Puerto Asís lo esperaba Diana Quintero de la Corporación Infancia y Desarrollo (CID), una funcionaria del proyecto que iba a evaluar. Ya tenía organizadas una serie de reuniones con desplazados. En ellas preguntó sobre las estrategias de atención, sobre el tipo de ayudas que se entregaban, sobre los talleres de formación, sobre las características de las víctimas, sobre la asesoría legal; en fin, sobre todos los aspectos requeridos para darse cuenta del impacto del trabajo.

No tardó mucho en conocer casos que corroboraban la tesis clásica del desplazamiento. Conversó con víctimas desplazadas porque los "paras" o la guerrilla habían asesinado un miembro de la familia, porque los amenazaron, porque incendiaron las casas de los vecinos, por la realización de una masacre..etc. Todas eran historias desgarradoras. Por

fortuna uno de los componentes del proyecto era precisamente el ayudar a las víctimas en la recuperación emocional. Esa clase de desplazados, obviamente, fue la mayor parte de las personas que entrevistó.

LOS CITADINOS

En Puerto Asís también entrevistó a Juan Manuel Tovar quien empezó vendiendo gallinas, trabajo en el que duró muy poco porque la gente le preguntaba "entre chiste y chanza", dónde se las había robado; cuando experimentó con productos de belleza para mujeres, como ya es un hombre con "canas", resolvió pintarse el pelo para tratar de mejorar su "pinta", estrategia que también abandonó porque la tintura es muy costosa y difícil de cuidar. Ahora vende cerveza y parece que le va muy bien.

"Yo ya le perdí el miedo a la gente", decía como tratando de sintetizar su conversación.

¿De dónde viene?

"De Cali".

Pero supuestamente la ruta de los desplazados va siempre del campo a la ciudad. Y Cali es una "señora" ciudad.

"Es que yo vivía en un barrio que construyó el alcalde Ospina para los reinsertados, al que le cayeron las pandillas juveniles. Tenía un puesto de pinchos y arepas, y al principio sólo me pedían comida; después dijeron que les prestara plata; y por último, me boletearon: que les pagara una cuota semanal. Como les dije que me pedían mucho dinero, que no tenía con qué, me rompieron los vidrios de la casita y al día siguiente me amenazaron: si no paga, aténgase a las consecuencias. Y las consecuencias las pude observar en un vecino que no quiso pagar; le dieron una paliza y le rompieron varias costillas. Entonces me vine para acá".

¿Por qué a Puerto Asís?

"Pues porque había estado por aquí cuando joven".

Por curiosidad: ¿qué pasó con la casa?

"Dejé un señor cuidándola y se largó del puro susto. Ahora está abandonada".

O sea, ¿usted es un desplazado pero de las pandillas juveniles urbanas?

"Si; así es".

Aunque muy probablemente detrás de las pandillas estaban los grupos armados ilegales, no se atrevió a preguntar pues la situación ya le parecía difícil de manejar. Tampoco preguntó de cuál grupo era reinsertado.

Otro caso "enredado" se lo contó Diana Quintero. En el Valle del Guamuez una mina "quiebra patas" le había explotado a un niño; por fortuna le pudieron salvar el pie al trasladarlo a Puerto Asís, pero su recuperación duró varios meses y para acompañarlo, sus padres debían hacer largos viajes desde el campo, cuestión nada fácil debido a esta guerra que llaman "de baja intensidad". Con el tiempo decidieron quedarse con él. Se convirtieron, entonces, en unos desplazados.

Al terminar su trabajo en Puerto Asís, donde estuvo tan ocupado que no pudo conocer ni el puerto ni el río, partió por tierra para La Hormiga, la cuna del famoso David Murcia Guzmán, el de la pirámide.

ENTRE VOLADURAS DEL OLEODUCTO Y LA PIRÁMIDE DEL NARCOTRÁFICO

La carretera era impresionante: muy nueva, ancha y de cemento. Claro que sólo habían terminado como el 70 por ciento. El resto era sólo un polvo. La había inaugurado el vice presidente (Vargas Lleras) . Había varias vallas que decían: "carreteras para la paz".

Por el camino a La Hormiga pudo contar 9 voladuras del oleoducto, el cual es mucho menos grueso de lo que se imaginaba (posee un diámetro similar al de un balón de fútbol). Lo que se veía a lo largo de unos 20 metros del tubo era una mancha negra, pero no de petróleo crudo sino de vegetación quemada. En uno de sus tramos había incluso un rancho incinerado. Le oyó decir a alguien que las voladuras eran para marcar territorio.

Como iban para La Hormiga retomó el tema de la pirámide y le preguntó al chofer:

¿Conoce a alguien que hubiera invertido dinero en DMG?

"Yo mismo, contestó sin titubear. Inicialmente metí medio millón y al mes me dieron dos. Entonces me animé, vendí mi moto y ahí sí me tumbaron. En La Hormiga casi todo el mundo salió trasquilado".

En La Hormiga algo que le sorprendió fue descubrir en una de las entrevistas que realizó, cuántos años eran indispensables para ser considerado un desplazado.

Una señora le dijo: "con la ayuda que me proporcionaron compré un lavadero (para lavar la ropa sin tener que agacharme)".

Cómo así. ¿Un lavadero?

"Mire: a mí me dieron varios kits: uno con elementos de aseo, otro con elementos de cocina...Como yo ya los tenía, los vendí y me compré el lavadero".

¿Ya los tenía? ¿Se lo había suministrado otra organización?

"No, es que yo fui desplazada pero hace 15 años".

En ese momento intervino Piero Herrera, un funcionario del CID en La Hormiga; explicó que había un decreto para la reparación de todos los desplazados que determinaba retroceder 20 años.

Su caso mostraba que el desplazamiento estaba asociado a 50 años de guerra y que por largos periodos, por ejemplo, en los 8 años de los gobiernos de Uribe, los desplazados fueron catalogados como simples migrantes internos.

LOS DESPLAZADOS DE LOS "BUENOS"

El hotel de La Hormiga se encontraba colmado de funcionarios de organizaciones nacionales e internacionales. La Cruz Roja, ACNUR, Defensoría del Pueblo.... Todos con sus computadores personales y algunos hasta con teléfonos satelitales. En el parqueadero (muy cerca de las habitaciones) se podían observar algunas camionetas doble cabina con sus respectivas banderas ubicadas en astas del guardabarros delantero. El hotel en realidad parecía lo que era: el cuartel general de una región devastada por la guerra.

En La Hormiga las entrevistas eran en la terraza de las instalaciones de la Unad, (Universidad abierta y a distancia). Soplaban, entonces, una brisa refrescante.

Sandro Romero, una de las personas que entrevistó en La Hormiga, le contó que a muchos los había desplazado el Ejército.

¿Y eso cómo sucede?

"Llegan a las casas y le dicen a la gente que en la zona seguramente va a haber fuego cruzado (con la guerrilla); que lo mejor es que no estén por ahí. Y claro: todos entienden de qué se trata".

El Ejército como causante de desplazamiento; eso no se escucha decir por la radio y la televisión .

A veces hizo entrevistas grupales con algunos desplazados. En una de ellas se encontraba un joven como de 25 años (Hugo) que tenía unas manchas blancas en las manos y usaba una camisa de manga larga, lo que no es nada común en tierra caliente. Aunque ciertamente quedó un poco intrigado por el hecho, no se atrevió a preguntar nada porque le parecía que podría ser irrespetuoso.

Un rato después, les pidió a los asistentes que le contaran en qué trabajaban. Cuando le tocó el turno a Hugo, respondió:

"Hago un poco de todo; inclusive en una época trabajé como moto taxista".

¿Cuánto se puede ganar al día ? Preguntó para terminar de "romper el hielo"
"Como \$50.000 pesos, si uno le da con juicio" , contestó.

Pero La Hormiga más que estar llena de hormigas se encuentra llena de motos taxis;
hay centenares; casi no se ven carros; ¿ eso no daña un poco el negocio?

"Es cierto; lo que pasa es que muchos no son los dueños de la moto; sólo la alquilan".

A continuación, de manera inesperada, Sol Montañés, funcionaria del CID en La Hormi-
ga, intervino : "Hugo, cuénteles lo que le sucedió".

Entonces Hugo se remangó la camisa y mostrando sus brazos comentó: "fue el glifosato;
en mi vereda fumigaron; por eso se me puso así la piel. Ya estoy casi curado pero sufrí
como tres años. No pude seguir viviendo en la finquita de mi padre porque el viento había
esparcido el veneno a varios kilómetros y todo estaba impregnado. Cuando la gente me
veía, inmediatamente se ubicaba lo más lejos posible de mí; como si tuviera lepra. Les te-
nía que decir que no era contagioso. Me sanó un médico en Quito; aquí no me atendieron
porque supuestamente no estaba comprobado que el glifosato produjera daños a la
salud".

"Pero la Corte Constitucional obligó al Ministerio de Salud a aceptar los daños del glifosa-
to".

"Sí, pero fue solo hasta este año. Como en marzo; creo".

Entonces usted es un desplazado pero de la aspersión. La aspersión es una imposición
de los Estados Unidos en su programa de lucha contra las drogas, se dijo en voz baja.

CUENTOS RE FORZADOS.

Al día siguiente partió para Mocoa. Era el único pasajero y se fue conversando con el
chofer.

Hablaron de lo cerca que estaba el Ecuador, de sus buenas carreteras; le explicó que no
había buses, como la flota Magdalena, porque muy pocas personas viajaban desde La
Hormiga; que su mujer pertenecía a una iglesia evangélica pero que a él la religión no le
interesaba; le contó que hace años, cuando la moneda del Ecuador no estaba dolarizada
había ido a pasar vacaciones con su familia y le había salido muy barato.

Cuando el hombre le preguntó qué hacía por esas tierras, le dijo que estaba evaluando
un programa que trabajaba con desplazados y obviamente aprovechó la oportunidad
para preguntarle si conocía algún caso, a lo que rápidamente el conductor contestó: "al
lado de mi casa vive uno muy vivo".

¿Muy vivo, cómo así?

"Es un desplazado de la guerrilla, dijo. Pero óigame el cuento. Al hombre le gusta mucho el trago y cada vez que se emborracha le da unas muendas terribles a su mujer. Un día la guerrilla la vio con la cara llena de moretones y le preguntó qué pasaba". "Como por allá no hay gobierno, la guerrilla lo sancionó mandándolo a hacer el aseo de unas zanjas. El tipo, sin embargo, continuó pegándole a la señora. La guerrilla cada vez se inventaba una sanción distinta pero, un día, una de las hijas adolescentes intentó defender a la mamá y también la golpeó. De un puñetazo le tumbó dos dientes. Entonces la guerrilla lo expulsó de la comunidad. El hombre se fue para La Hormiga y lo inscribieron como desplazado. Lo que no dijo era por qué lo habían desplazado".

Desde luego es un desplazado de la guerrilla; pero desplazado por una razón muy particular; no como usualmente se cree.

En Mocoa continuó su trabajo. Mocoa es la capital del Putumayo y es una pequeña ciudad, obviamente también con muchas motos, lo que cada vez le pareció más explicable: su precio es mucho menor que el de un automóvil (claro que algunas son carísimas), los trayectos a recorrer son relativamente cortos...y cuando son una inmensa mayoría frente a los carros, estos no se atreven a botárseles encima. Las respetan.

Al frente del hotel donde se alojó hay un mural de la memoria del conflicto. Es como una valla enorme de 3 por 5 metros. Tiene impresas con pintura las palmas de las manos de muchos de los familiares de los desaparecidos y es tan intimidante que aunque la población se encuentra llena de afiches de los diferentes candidatos a la alcaldía, nadie se ha atrevido a "profanar".

Los desaparecidos no pueden ser olvidados; sólo así es posible hablar de "no repetición".

En Mocoa, las entrevistas se realizaron en la sede del CID, la cual se encuentra ubicada en un pequeño edificio de 3 pisos. Sus instalaciones son en el segundo y sus funcionarios están un poco apretados. Se encuentra al frente del parque del mango, seña confusa porque el tal parque es tan sólo un gigantesco árbol de mango donde existe un puesto de "luladas y champú" caleños. Por fortuna todos los taxistas lo ubican fácilmente.

Cuando le preguntó a una de las víctimas por qué se había venido del campo, contestó en forma seca y cortada:

"Por cosas de la vida".

Ante la respuesta se puso pálido. La señora tenía todo el derecho de no contarle su vida. Él la estaba revictimizándola, palabrita extraña pero de moda que por fin terminó de comprender.

Para su tranquilidad, durante el descanso, la entrevistada se le acercó y muy pasito, casi al oído, le comentó: "mi hijo está en la guerrilla. Mi marido dice que fue por la fuerza pero no es cierto. Al muchacho le encantan las armas y los uniformes. Allá no había nada

que hacer; no existía bachillerato ni trabajo. Nunca lo obligaron a que ingresara. La verdad es que el chino se fue una noche a incorporarse, pero la guerrilla nos lo devolvió unos días después".

"Está muy sardino, nos dijeron"; "si se quiere ir, que espere a cumplir un par de años más". "Pero al pelado no le valió ninguna razón; volvió a largarse. Se fue porque quiso".

"Al principio le dieron unos pesitos que me los mandó para que comprara marranos pero después lo trasladaron monte adentro y no volví a saber nada de él. Nos vinimos porque tenemos dos hijos más: una niña y un varón, que ya están crecidos. La guerra embruja a los muchachos".

"El reclutamiento forzado no siempre es tan forzado, ¿verdad?"

I

"Es cierto; mire el caso de mi hijo".

¿Sería una equivocación hacer comentarios? En últimas se suponía que un observador externo era imparcial. ¿aquello de la objetividad y la neutralidad tenía realmente sentido? ¿era posible oír todo lo que oyó y no opinar?

"Esa no es ninguna desplazada; cuando el marido se dio cuenta de que tenía un amante, le tocó salir corriendo de la casa y vino a parar a Mocoa. Es una desplazada pero no de los grupos armados ilegales, sino del marido", vociferaba a gritos una de las representantes de la mesa de víctimas.

Eso fue lo último que oyó antes de dejar Mocoa.

CARROS TANQUES Y MEDIO AMBIENTE

El viernes a las 2 de la tarde salió para el aeropuerto de Mocoa. Esperó como 3 horas porque la pista estaba nublada. Aunque siempre guardó la esperanza de poder viajar su deseo no se cumplió; finalmente cancelaron el vuelo. Lo peor era que el próximo avión disponible no salía sino dentro de tres días. Satena, la única aerolínea que llega a Mocoa, no vuela los domingos y el sábado y el lunes ya estaba todo vendido; y nadie le garantizaba que el martes no se volviera a cerrar el aeropuerto. La única opción era irse por tierra. ¡12 horas!

El trabajo había sido agotador: 27 entrevistas; también tenía un cuaderno lleno de apuntes. Quería regresar a Bogotá lo más pronto posible, entre otras razones para comenzar a procesar la información.

Cogió el bus a las 6 de la tarde. Hacia las 10 de la noche, de manera intempestiva, el bus paró en seco. "Está bloqueada la carretera", gritó el ayudante del chofer. "Mierda", se dijo entre dientes; lo único que faltaba: un retén de la guerrilla. Pero rápidamente recordó que

recientemente las FARC habían declarado un cese al fuego unilateral. Sin embargo, continuó susurrándose: ¿qué tal que lo hubiera roto? ¿otra pesca milagrosa?

Unos minutos más tarde el ayudante gritó nuevamente: "bájense todos que esto va pa largo". Se había volteado un carro tanque que transportaba petróleo crudo.

Los pasajeros aprovecharon que muy cerca había un restaurante y aunque no tenía hambre, resolvió comer algo para "matar el tiempo".

Estuvieron esperando como dos horas y al final lograron pasar. La situación no fue más larga porque, según explicaba uno de los pasajeros, las compañías petroleras tenían unos puestos móviles con equipos especiales para limpiar las carreteras. Estaban instalados como cada 15 kilómetros, de manera que no era necesario esperar a que las grúas vinieran desde Mocoa. Por la vía circulan cerca de 300 carro tanques y el volcamiento es tan frecuente que tuvieron que crear esas brigadas de emergencia.

El pavimento estaba seco; no había posibilidad de que los vehículos "patinaran". Lo poco que pudo ver por la ventanilla del bus, alumbrado por las luces de los carros que venían detrás, fue una gigantesca mancha espesa y negra que se vertía en una quebrada. "De ese daño ecológico nunca había oído decir nada", le comentó a su compañero de asiento.

Le fue imposible dejar de comparar lo sucedido esa noche con la voladura de los oleoductos que había visto en su viaje a La Hormiga, lo que quizá, por una asociación inconsciente, le causó una especie de "hormiguelo" en el estómago.

Germán Mariño Solano
Taller de Crónica dirigido por Sergio Ocampo Madrid
Fondo de Cultura Económica
Noviembre del 2015
Bogotá